

A espaldas de la política, enfrentamientos desde el miedo

*Gabriela Mendoza Mendoza**

Resumen

A lo largo de la historia hemos visto situaciones y acontecimientos en los que se pueden dejar ver la relación entre la política, el ejercicio del poder y la emergencia del miedo. Principalmente, nos enfocaremos en el uso de este último como método de control social. En el panorama mexicano actual se pueden observar condiciones de desinformación y de poco acceso a la mayoría de los asuntos que se tratan en términos políticos. La tesis que aborda este texto relaciona algunos temas que dificultan el panorama político mexicano con el miedo, y su práctica y fomento para el control sociopolítico.

Palabras clave: política, miedo, ejercicio del poder, sujeto.

Abstract

Trough out history we have witness certain situations and events where it can be seen the connection between politics, the practice of power and the expression of fear. The purpose of this text is the analysis of the political use of fear like a control method. The Mexican panorama in these days can let us see some access and disinformation problems. This text relates some

* Licenciada en Psicología por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
Correo electrónico: [gabmendoza10@gmail.com].

topics that are involved in the Mexican politics with fear and the use of fear for political uses, like social and political control.

Keywords: politics, fear, practice of power, subject.

Si dos individuos hablasen fríamente de experimentar con un ingenio que aniquilaría a una cuarta parte de los habitantes de su ciudad, comprendidos sus esposas e hijos, explicando además que debían correr el riesgo por temer que, si no, el otro lo haría primero, sin duda los mandarían a un manicomio y los someterían a estrecha vigilancia, como lunáticos peligrosos. ¿Nos damos cuenta de que nosotros estamos comportándonos exactamente de la misma manera?

Erich Fromm, *Ética y política* (1993:13).

Sobre la política

Este escrito tiene como propósito indagar la manera en la que el miedo se utiliza en los contextos de la política. Con ello, podemos hablar sobre la política en sí, a lo cual nos referiremos en este texto como cualquier acción que tenga que ver con decisiones que involucren la organización dentro de las sociedades humanas, y más específicamente, a aquellos sujetos que se ven envueltos en las maneras de gobernar o de aspiración a mandato. En cuanto a ello, Max Weber lo plantea de la siguiente manera:

al decir que tal o cual asunto es político, que un ministro o un funcionario son políticos y también que una determinación se encuentra condicionada políticamente, se quiere dar a entender, invariablemente, que la respuesta en torno al asunto en cuestión, las decisiones en el ámbito de actividades de dicho funcionario, así como las condiciones de tal determinación, están sujetas directamente, en lo que concierne a la distribución, al mantenimiento o a la transferencia del poder. Quiquiera que haga política anhela llegar al poder (Weber, 1996:8).

El ejercicio del poder está relacionado con el involucramiento en la política. En la cotidianidad, el funcionario que quiera llegar al poder se ve envuelto en la dinámica de la política, ya que ésta es parte tan intrínseca de nuestro entorno que llega a ser indiferenciable lo que “pertenece” al ámbito de la política de aquello que es independiente; aunque, de cierta manera, nada llega a ser independiente de la política. A lo largo de la historia, ha sido complicado establecer la delimitación de este ámbito, porque está inmerso en lo social. Así, se puede ilustrar con las palabras de Sartori:

la noción de política calificó todo, y por lo tanto nada específico, hasta que las esferas de la ética, de la economía y de lo político-social se mantuvieron no divididas y no se tradujeron materialmente en diferenciaciones estructurales, vale decir en estructuras e instituciones que pudieran calificarse de económicos, religiosos y sociales. En este sentido, el nudo más difícil de desatar es entre lo “político” y lo “social”, entre el ámbito de la política y la esfera de la sociedad (Sartori, 2002:201).

La división entre lo político y lo social, como nos comenta Sartori más adelante en este texto es una diferenciación artificial y que sirve para los fines del estudio académico de la política. En la practicidad del asunto, define a todo sujeto como perteneciente al ámbito de la política por ser parte de la *polis*, cuyas raíces griegas, explica, es el ser parte de la ciudad (o civilización, para efectos de entendimiento). Para nuestros fines basta decir que cualquier sujeto, en cuanto pertenece al ámbito social, también se verá inmerso en la práctica de la política. En este texto sostenemos que la idea de “político” es aquella figura que forma parte de los modos de organización y estructura de la sociedad.

En México tenemos un sistema presidencial y nos regimos por un sistema *democrático* que involucra el poder de decisión del gobernante a partir de la consulta de la opinión por mayoría relativa del pueblo. Este sistema, independientemente de si ha cumplido su

función utópica¹ o no, podemos observar que como todo proceso social se ha ido transformando con el tiempo, alejándose de su propósito originario: el consentimiento de la población de las decisiones de administración gubernamental. Más allá del funcionamiento del sistema democrático, la política mexicana involucra más que el propio sistema, implica su operatividad. Una de las transformaciones que se ve de forma más clara es el desmembramiento de una utopía –como es la idea del sistema democrático– en una aplicación operativa real. Dicha operatividad involucra mecanismos de intervención concretos. En la actualidad esta aplicación puede considerarse como nuestra estructura gubernamental. Además, cuenta con ciertos mecanismos como la consulta o la atención a la gente, éstos, al funcionar burocráticamente (hasta cierto punto, deficiente) se puede considerar que han dificultado el acceso a la información y se forman obstáculos que impiden el involucramiento del pueblo en las decisiones que le concierne a la población general del país. De aquel funcionamiento Erich Fromm nos comenta que:

Con la dirección burocrática de las personas, la democracia se convierte en un rito. [...] el individuo ha perdido casi toda posibilidad de influir y de participar activamente en las decisiones. En la esfera política, especialmente, las elecciones han ido reduciéndose a una votación por la cual el individuo puede manifestar su preferencia por uno o dos candidatos profesionales. A lo sumo, podemos decir que es gobernado con su consentimiento. Los medios para lograrlo son la sugestión y la manipulación. Así, ocurre que las decisiones principales –las de política exterior, que implican paz y guerra– las toman pequeños grupos, casi desconocidos para el hombre medio (Fromm, 1993:16-17).

¿El sujeto es anulado dentro de la cotidianidad de la política? Podemos considerar que no sólo se llega a observar la exclusión del suje-

¹ Referiremos a la utopía por ser un modelo de gobierno que plantea la posibilidad de que el “pueblo” tenga el poder de decisión, sin embargo, los procesos y métodos con los que se lleva a cabo son, en su operatividad, limitados. Estas limitaciones, aunque reales, rompen el ideal de ser un modo de consulta popular.

to, tanto en las decisiones diarias como en las de mayor importancia, sino que la gente misma se desarrolla en un ambiente en el que es normal el hecho de que se le excluya del ámbito político. Se puede notar que hay una normalización del conformismo y del malestar que se generaliza en una opinión de descontento, pero, hasta cierto punto de resignación, puesto que como la opinión popular lo expresa: “no se le puede hacer nada”. En cierta forma, puede considerarse que la manera en la que se ha organizado este órgano burocrático, impide el involucramiento de la gente en las cuestiones políticas.

También puede considerarse una manera de control, al hacer tedioso el procedimiento con el que la gente se puede involucrar, se hace de cierta manera inaccesible, incluso, en el lenguaje utilizado en estos ámbitos, de lo que hablaremos un poco más adelante. Esta inaccesibilidad se percibe, por ejemplo, en los sitios web de las entidades de gobierno, que llegan a ser confusas y para buscar se tienen que recorrer secciones que a veces parecen no estar relacionadas con lo que se busca; en la consulta directamente en oficinas o por teléfono, hay ocasiones que el mismo personal no sabe responder dudas con información verídica, incluso la tardanza en el acceso a estas respuestas hace tan tediosa la búsqueda que se abandona la tarea.

Este ejercicio de poder y método de control social puede ser analizado desde el enfoque de Foucault, quien plantea que el poder es un ir y venir constante entre sujetos o instituciones; una perspectiva en la que nadie *posee* el poder, éste se transforma y está en constante movimiento. En palabras de García Canal, quien se dedicó a su estudio desde la teoría de Foucault, dice:

Podemos decir que el ejercicio del poder no es una estructura que se mantiene por siempre y que algún día, si la suerte está con los sometidos, podrá romperse, sino que es un hecho cotidiano, se elabora constantemente, se transforma, se desorganiza y se vuelve a organizar; por tanto, es el resultado de elecciones puntuales en función del estado en que se encuentran las fuerzas a cada instante de la contienda. [...] el poder es un proceso creativo que no se detiene jamás en su marcha, que depende a su vez de esas relaciones entre “parejas”. Su dinamismo

y creatividad son condición y consecuencia de las respuestas que dan aquellos sobre quienes se ejerce (García Canal, 2010:39-40).

Dentro de nuestro panorama, el funcionamiento gubernamental depende también de tratos y pactos con gente no perteneciente a la estructura gubernamental que, por sí mismos, también ejercen el poder, eso puede englobar temas como el terrorismo, el narcotráfico, el mercado negro y demás situaciones parecidas, incluyendo, las estrategias políticas de los gobiernos para mantener un cierto “equilibrio”. A excepción de la manutención del equilibrio, no ahondaremos tanto en estas cuestiones debido a lo extenso que son en estos temas.

Acerca de las estrategias gubernamentales, podemos ver que cierto control se mantiene, tanto en los medios de comunicación como en las acciones del gobierno, un ejemplo claro es el ámbito militar, la sola amenaza de que irrumpa “la paz” causa cierto terror en la población y en otros gobiernos. Este terror o miedo tiene un claro uso político:

La amenaza por el almacenamiento de armas atómicas con una capacidad de destrucción inimaginable intranquiliza a la gente en los dos hemisferios militares y hace surgir una comunidad de amenaza cuya solidez política aún ha de demostrarse.[...] Pero tales intentos de ganar al menos un *sentido político al miedo* que no se puede comprender, no pueden ocultar que desde el punto de vista político-organizativo, estas nuevas comunidades objetivas de amenaza se encuentran hasta ahora suspendidas en un espacio vacío de aire (Beck, 2002:54).

Más allá del uso de “armamento”, se maneja la idea de que la mera amenaza de su uso infunde un cierto temor, éste puede ser utilizado como una estrategia concreta e independiente del empleo de los instrumentos militares. En el texto antes citado, Beck habla sobre la Guerra Fría como el ejemplo perfecto de la circulación del ejercicio de poder, una guerra a partir de los medios de comunicación, de las ideas que la gente se iba formando, la opinión pública, lo simbólico de las armas de fuego, la noción de guerra y, sobre todo,

del miedo que esto produce. El ejemplo perfecto para ilustrar la manera en la que los políticos usan y fomentan el miedo para fines específicos, principalmente para mantener el control. En esto juega un papel muy importante la comunicación y los medios masivos de información, o podríamos decir de *desinformación*, como trataré más adelante. Lo anterior nos lleva a reflexionar en torno a la manipulación, Beck también nos menciona la manera en la que esta tergiversación de la información lleva a la creación de necesidades artificiales, entre ellas, “la necesidad de sentirse seguro” o en la siguiente cita el autor lo explica:

El hambre puede mitigarse, las necesidades pueden satisfacerse; en cambio, los riesgos son un “pozo de necesidades sin fondo” que no puede cegarse, infinito. De una manera diferente a las necesidades, los riesgos no sólo pueden ser mostrados (a través de la publicidad o medios parecidos), prolongados según las necesidades de las ventas, en pocas palabras, manipulados, sino que, a través de las variaciones en las definiciones de riesgo, pueden lograrse tipos de necesidades (y, con ello, de mercados) muy novedosos: de manera destacada, la necesidad de la evitación del riesgo (Beck, 2002:63).

¿De qué manera se manipulan estas necesidades creadas?, ¿cómo se crean los riesgos en el discurso de los medios de comunicación? Con esto damos pie para hablar sobre la sugestión que, para los fines de este trabajo, está relacionada tanto con el ejercicio político y el uso del miedo. ¿Es acaso la manipulación y la sugestión parte de la política? Sartori menciona como que “la política es *independiente*, es decir, que sigue leyes propias, instaurándose literalmente, como ley de sí misma” (Sartori, 2002:208); el método de control de la política son los mismos actos políticos. Aquí, en donde pareciera que las cuestiones políticas se encuentran dentro de una esfera inquebrantable, pertenece más al campo de la cotidianidad de lo que normalmente podemos percibir. Por ello, se hará un breve recorrido en el análisis de la relación entre la sugestión y las prácticas de la política.

Sugestión y manipulación

Dentro de la extensa historia de la política, entre ciencia política y filosofía de la política, se pueden notar muchos contrastes, cambios y evoluciones de ésta. Sartori desarrolla un cotejo entre dos grandes figuras que abordan estos temas:

Si el príncipe de Maquiavelo gobernaba aceptando las reglas de la política, el Leviatán de Hobbes gobernaba creándolas, estableciendo qué es la política. El mundo del hombre es infinitamente manipulable, y el Leviatán –el gran definidor– es su manipulador exclusivo y total. En realidad, nadie ha teorizado una politización tan extrema como Hobbes. Él no planteaba únicamente la absoluta independencia y autarquía de la política, sino que afirmaba un “pan-politicismo” que todo lo reabsorbe y lo genera todo a partir de la política (Sartori, 2002:210).

De esta manera, ¿podemos plantear que la política es autorreguladora? Se infiere como creadora tanto de sus propias leyes y funcionamientos como del entorno que lo promueve y lo fomenta. Sin embargo, el concepto de la política no ha sido completamente delimitado, es una noción estudiada desde puntos de vista divergentes y que ha ido cambiando conforme al paso del tiempo, a las circunstancias socioculturales y a los autores que han trabajado el concepto. Una constante es la existencia de aquello que sostiene las estructuras sociales. Entendiendo que este sostén puede ser la política misma podemos divagar en torno a la interrogante: ¿en qué consiste la política y qué papel juega su “autorregulación”? Para Sartori:

siempre se pensó que el problema de los problemas terrenos era moderar y regular el “dominio del hombre sobre el hombre”. Rousseau estaba ganado por esta preocupación cuando escribía que el hombre nació libre pero está encadenado. Al decir esto, Rousseau pensaba en la esencia de la política, aun cuando la palabra no apareciera en sus títulos. Hoy en cambio, la palabra está en boca de todos, pero ya no

sabemos pensar la *cosa*. En el mundo contemporáneo la palabra se emplea sin tasa ni medida, pero la política sufre una “crisis de identidad” (Sartori, 2002:216).

Al principio del texto abundábamos sobre la noción de política, definida como cualquier acción perteneciente a la organización de la sociedad. Si cuestionamos esta afirmación llegamos a la idea de autorregulación, sin embargo, podemos también incorporar otras nociones relacionadas con las prácticas de la política y la manera en la que éstas la reafirman. Del fragmento anterior podemos desprender dos grandes vertientes; la primera acerca del dominio, que, aunque probablemente Sartori lo está viendo desde una perspectiva diferente, podemos enlazarlo y ubicarlo dentro de la noción foucaultiana de dominio, control y de ejercicio de poder; la segunda tiene que ver con esta “pérdida de identidad” que menciona Sartori, misma que retomaremos desde la perspectiva de la esfera de la crisis de sentido de Castoriadis.

Dominio, control y ejercicio del poder

Para introducir el primer punto, Foucault, no sólo desarrolla la forma en la que “funciona” el ejercicio del poder, sino que enlaza en el mismo desarrollo, el juego del sujeto dentro de este intercambio y la articulación de las relaciones de poder. El sujeto se ve implicado en este engranaje en su día a día, “está también directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan en él un efecto inmediato, lo cercan, lo marcan, lo enderezan, lo torturan, lo obligan a trabajos, a ceremonias, exigen de él” (Foucault, 2009:26). Aquí se juega la constitución del sujeto, pero también se diferencia el momento en el que deja de ser poder para pasar a una relación de dominación (un ejemplo: la esclavitud). La “dominación”, según Foucault, es explicada en palabras de García Canal de manera que deja entrever que la situación de dominio tiene que ver con la desaparición de la voluntad propia del sujeto, es decir, hay un resquicio

de sometimiento que termina por destruir la relación de poder y pasa a convertirse en una situación de dominio.

El problema no está en los seres concretos que ejercen el poder sino en el lugar que ocupan dentro de la estructura, los sujetos se cambian y desaparecen, la máquina se mantiene, funciona no sólo porque existen sujetos que ejercen el poder, sino también, y muy especialmente, porque los sujetos aceptan, aun sin conciencia, las condiciones de dominación. No debemos olvidar que el poder es una relación y como tal siempre es un juego de ejercicios y de resistencias entre unos y otros.

Como hemos dicho, el sometido se sabe vigilado continuamente y esta vigilancia, sin nombre ni rostro, despersonalizada, no necesariamente tiene existencia real. Más que vigilar, la dominación busca que el sujeto la internalice y esto lo conducirá a cuidarse a sí mismo por temor a ser descubierto (García Canal, 2010:81).

La estructura a la que se refiere este fragmento tiene que ver con la configuración de los estratos de mando, en cierta manera, con el ámbito de la organización política. Las partes resaltadas hacen referencia a la forma en la que el sujeto pasa de transitar entre situaciones de ejercicio de poder al mero sometimiento y a la fractura de su conciencia.

Con lo anterior, podemos reflexionar que un tipo de “dominación” ejercido desde la política puede ser visto como una dominación –hasta cierto punto– del pensamiento, de los usos y costumbres, como decíamos anteriormente, el conformismo. El juego político crea una dinámica en la que se orilla a la gente a situaciones de conformismo y a normalización de todo aquello que es *injusto o incorrecto*.² Para lograr la normalización, la política dedicada a estas tareas, emplea dos medios: la sugestión y la manipulación, como muchos otros ámbitos que también influyen en el desarrollo y

² Cabe precisar que lo categorizado como injusticia tendría que ser visto desde otro ámbito –como sería la moral, por ejemplo– en lo que no ahondaré en este escrito.

la transformación de la vida social (por ejemplo, la medicina). Esta tergiversación de la política es utilizada mayoritariamente en beneficio propio del político, antes que en beneficio social. Se ilustra de manera concisa desde las palabras de López Quintás:

La política debiera ser el arte de configurar la vida social del modo más adecuado posible a la vida humana. Actualmente, sin embargo, se está convirtiendo a menudo en el arte de engañar y seducir, mejorar la imagen propia y desfigurar la ajena, guardar las apariencias para ganarse las voluntades. [...] Para engañar sin ser advertido, el político demagogo tiende a reducir el voltaje moral de las gentes para menguar su capacidad de exigir una mayor calidad en el planteamiento de los problemas y la búsqueda de soluciones. [...] Esta tendencia de ciertos grupos políticos explica que actualmente no se ataque un determinado tipo de moral y se defienda otro; se procura dejar de lado la dimensión de la moralidad y el sentido de la vida [...] (López Quintás, s.f.:41).

Es pertinente mencionar que la noción de *el político* está ilustrada de una manera abstracta y simbólica, una figura del político demagogo y que cumple con aquellos requisitos, sin embargo, no por eso se generaliza a “todos los políticos” o se particulariza en una persona. Por ello, la manipulación es un elemento importante en la estrategia del político, que incorpora lo relacionado con la dominación de los usos y costumbres en su discurso, la orientación al conformismo social como práctica y a la normalización como un asunto fundamental. Es importante recalcar que la búsqueda del control juega un papel principal en toda esta dinámica.

La crisis del sentido

En cuanto al segundo punto, Castoriadis (2001) nos habla sobre la pérdida de sentido de las significaciones sociales imaginarias, nos explica la manera en la que la sociedad se sostiene a partir de éstas y también sobre su crisis en todo este proceso, así, menciona la for-

ma en la que estas significaciones se van transformando a través del tiempo.

El papel de estas significaciones imaginarias sociales, su “función” –usando este término sin ninguna connotación funcionalista– es triple. Son ellas las que estructuran las representaciones del mundo en general, sin las cuales no puede haber ser humano. Estas estructuras son cada vez específicas: nuestro mundo no es el mundo griego antiguo, y los árboles que vemos más allá de esas ventanas no protegen, cada uno, a una ninfa, simplemente es madera, esa es la construcción del mundo moderno. En segundo lugar, ellas designan las finalidades de la acción, imponen lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo que es bueno hacer y lo que no lo es: hay que adorar a Dios, o bien hay que acumular las fuerzas productivas –en tanto que ninguna ley natural o biológica, ni siquiera física, dice que hay que adorar a Dios o acumular las fuerzas productivas. Y en tercer término, punto tal vez más difícil de delimitar, ellas establecen los tipos de afectos característicos de una sociedad (Castoriadis, 1997:158).

Estas significaciones son el sostén de las estructuras sociales, lo que se debe-puede hacer o no hacer está ligado a las representaciones que se forman de lo “bueno” o malo”, a partir de ello, se puede divisar un contraste en las formas de utilización y aprovechamiento de dicho imaginario. Como hemos visto, el concepto *política* tiene muchas vertientes y ha tenido metamorfosis a lo largo de la historia, es por ello que podemos decir que el ámbito de la política, mientras tiene estas transformaciones, hace una recolección de modos diferentes de operación. Actualmente se puede dar cuenta que el funcionamiento de la política en ciertas ocasiones (con más frecuencia de lo que se puede advertir) gira en torno a la manipulación y el miedo, tanto el miedo directo y que puede ser visto claramente, como el que es traslúcido, disimulado e invisibilizado pero que se encuentra arraigado en nuestra cotidianidad.

Sobre el miedo

Para empezar a hablar sobre este tema podemos definir al miedo desde la siguiente perspectiva, Moscone (2012:55), quien cita a Hanns (1996), refiere a los términos de Freud en cuanto al miedo; nos dice: “*Angst* significa ‘miedo’. Generalmente, indica un sentimiento de gran inquietud, ante una amenaza real o imaginaria de daño. Puede variar de gradación, desde ‘recelo’ y ‘temor’ hasta ‘pánico’ o ‘terror’”. A partir de ahí, se dedica a desarrollar la respuesta del sujeto y los métodos de afrontamiento que tiene frente al miedo, de ahí llega a la siguiente definición:

emoción que surge si la integridad personal o la vida está en peligro, cuando se tiene un susto, es decir, cuando un estímulo sensorial imprevisible posee la intensidad suficiente como para despertarlo, o al percibirlo en otra persona o grupo; depende de la capacidad para enfrentar la vida, y lleva a adoptar medidas adecuadas para protegerse. Temor, alarma, sobresalto son sus sinónimos (Moscone, 2012:57).

A partir de ahí, nos enfocaremos en la noción de que el miedo, si bien es un mecanismo biológico y psíquico del ser humano, el estímulo que lo provoque no tiene que ser necesariamente un atentado directo en contra de la vida del sujeto, es decir, un riesgo físico como en los tiempos en los que la humanidad arriesgaba su vida al momento de cazar animales para poder alimentarse. El miedo del que hablo aquí tiene que ver, más bien, con una condición psicológica, con un malestar generalizado que llega a ser en ocasiones imperceptible. Las formas de impacto de los discursos políticos se pueden analizar en cuanto a la constitución subjetiva y al funcionamiento social. Por ello, el miedo está entrelazado con los procesos de una forma imperceptible. Por el lado del sujeto tenemos la forma en la que internaliza los discursos morales y como ello será una parte fundamental para el reproche y el miedo a las consecuencias. Su forma masiva tiene un manejo distinto.

Parece oportuno desarrollar los aparatos de funcionamiento masivos, puesto que es un cuestionamiento interesante: ¿en que difieren los procesos del miedo en cuanto a la dimensión subjetiva y a la social? Sartori sostiene que la acción de gobernar es vertical y hace una analogía de una “bóveda del miedo”, explica desde el modelo teórico de Ruyer que este sistema se apoya en un aparato jerarquizado, el cual no sólo funciona gracias a la coerción que se ejerce sobre los de abajo, sino que se mantiene por el temor que se imparte:

funciona de este modo: cada uno le cede al otro la iniciativa, esperando que sea el otro quien irrumpa la continuidad del mecanismo. Por su cuenta no hace nada, o mejor, hace lo que debe hacer: se siente vigilado desde arriba y obligado por ello a vigilar al que está debajo de él. [...] En un sistema opresivo (sentido como tal), ningún miembro del cuerpo social se ocupará de salvar el sistema; aun cuando vislumbre su fin. Más bien se preocupará —y es humano— de salvarse a sí mismo. Y precisamente por eso, el sistema se sostiene; porque esa preocupación hace que los ciudadanos se teman y vigilen unos a otros (Sartori, 2002:172).

Concuerda con las ideas de Foucault (2009) sobre el orden, la vigilancia y el castigo. Hace reflexionar acerca de las *maneras* en las que se ejerce esta coerción. Desde esta mirada, analizamos al miedo como un instrumento para el control político-social y su relación tanto con la culpa como con los medios de comunicación. Dentro de este análisis se puede considerar también el ansia de poder y la normalización, de igual manera que las construcciones sociales que hay en torno al tema.

Usos políticos del miedo

Retomemos el texto de Foucault “Vigilar y Castigar” en el que hace una analogía del poder disciplinario con la marcha de las tropas y que se menciona a continuación:

Entre estas dos prescripciones, se ha puesto en juego un nuevo conjunto de coacciones, otro grado de precisión en la descomposición de los gestos y de los movimientos, otra manera de ajustar el cuerpo a unos imperativos temporales.

Lo que define la ordenanza de 1766 no es un empleo del tiempo, marco general para una actividad; es más que un ritmo colectivo y obligatorio, impuesto desde el exterior; es un “programa”; asegura la elaboración del propio acto; controla desde el interior su desarrollo y sus fases. Se ha pasado de una forma de conminación que medía o ritmaba los gestos a una trama que los coacciona y los sostiene a lo largo de todo su encadenamiento. Se define una especie de esquema anatomo-cronológico del comportamiento. El acto queda descompuesto en sus elementos; la posición del cuerpo, de los miembros, de las articulaciones se halla definida; a cada movimiento le están asignadas una dirección, una amplitud, una duración; su orden de sucesión está prescrito. El tiempo penetra el cuerpo, y con él todos los controles minuciosos del poder (Foucault, 2009:176).

La necesidad de distintas estructuras sociales que requieren de formar los cuerpos como método de control disciplinario, se encargan de moldear las conductas y se dedican precisamente a esto; al control. Una manera de moldear al sujeto, de penetrar al cuerpo, de imponer los actos, debilitando al sujeto es acompañado por el miedo. Al considerar el miedo desde la mirada de la pasión del sujeto, aquella pasión irracional, misma pasión de la cual Raymundo Mier comenta...

El miedo se enlaza con la ética a través de la amenaza, entendida como promesa “negativa”: de devastación o de aniquilación. Entroniza como objeto privilegiado del miedo las figuras del mal. El mal se revela como la insignificancia de la heteronomía ética, de los imperativos del vínculo como alianza, como miramiento incondicional por el otro. El mal aparece así como la acción eficaz, al margen de la singularidad de la alianza y la universalidad de la ley: la soledad abyecta (Mier, 2008:13).

Este *mal*, que se expresa aquí como *soledad* surge como aquello que las campañas políticas se adjudican para poder enlazarse y mantenerse en esta posición de control. Esta manera de sujetar a la población a partir del uso del miedo es característica de cierto tipo de publicidad, de construcción social, de campañas políticas, e incluso, en la manera de formación del mito. Con ello, el siguiente párrafo de Erreguerena Albaitero es un ejemplo:

En todo sujeto existe una parte de luz, bondad, solidaridad y amor, pero también una parte oscura, de sombra, de codicia, ansia de poder, vanidad y envidia que negamos. [...] La construcción imaginaria del mal, como representación de la figura en la que depositamos los miedos y proyectamos las culpas, ha existido desde el inicio de la humanidad en diferentes versiones que dependen de cada cultura y de sus símbolos particulares (Erreguerena, 2007:93).

Se puede relacionar con la manera en la que Freud (1930) habla de la culpabilidad en la cultura, una forma en la que el sujeto se ve envuelto en un patrón de ir y venir entre lo intrapsíquico y lo cultural de la culpabilidad. Podemos analizarlo dentro del marco de una defensa del sujeto hacia aquello que la cultura le hace, por un lado, acallar y reprimir; por el otro, una manera intrínseca por la cual el sujeto entra en una dialéctica de control. La cultura controla y vigila al sujeto desde un nuevo nivel, desde el sujeto controlándose a sí mismo. Como mencionamos, la vigilancia se traslada a la vigilancia del otro, del “de abajo” e, incluso, de los que están en el mismo escalón, horizontalmente, lo cual configura un patrón que mantiene vigente la vigilancia vertical. El sujeto se encarga de infundir ese miedo que es transmitido desde los estratos más altos de la jerarquización, manteniendo el sistema en pie y marginando para el mismo fin: el control.

Conforme evoluciona la forma de hacer política, cambian también las formas de resistir a los métodos de control social, estas transformaciones se dieron la una con la otra, ambas de la mano, puesto que las dos están irremediabilmente vinculadas, desde este punto de vista, Useche Aldana especifica:

Los mecanismos de gestión semiótica e institucional y los que operan la regulación social ya no son suficientes para detener el auge de subjetividades emergentes, que pueden estar anunciando el nacimiento de nuevas dimensiones existenciales, pero que en muchos casos han significado el surgimiento de formas caóticas y salvajes de sociabilidad. La subjetivación dominante opta entonces por formas de control que agudicen la sensación de inseguridad y que fomenten una reacción asustadiza, que reclame la fuerza del leviatán para poner orden (Useche Aldana, 2008:6).

Dentro de lo que nos dice Useche Aldana podemos destacar que se especifica “el nacimiento de nuevas dimensiones existenciales”, podemos pensar en la manera de existir que tiene el sujeto. Como sabemos, el contexto sociopolítico y cultural contribuye a la construcción de la subjetividad, por lo que, una transformación de este contexto involucra a su vez un cambio en el tipo de sujetos que se forman y se construyen a partir de éste.

El miedo, socialmente es utilizado como herramienta de control y vigilancia; el método más cotidiano y pertinente para la aplicación del mismo son los medios de comunicación; para ello ahondaremos en una cuestión primordial para indagar el funcionamiento de los medios masivos y la importancia de su papel en este análisis.

Acerca del lenguaje

El lenguaje es la forma que tenemos los seres humanos de vincularnos y pertenecer a la sociedad. Sartori (2002) lo nombra como la lengua materna, el lenguaje que utilizamos de forma cotidiana, el que se aprende en la infancia y el que se propaga como la forma de comunicación más común. Nos explica cómo este lenguaje tiene sus desventajas, lo que será pertinente para el desarrollo que los políticos le dan a éste:

El lenguaje corriente, materno, es el *lenguaje natural* básico que vincula a todos los que hablan una misma lengua, y por lo tanto la plataforma en torno a la cual se debe construir y mover cualquier otro lenguaje [...]. Es en todo caso el lenguaje que se nos hace connatural, el que nos resulta espontáneo. ¿Cuáles son sus virtudes, cuáles sus defectos? [...] Los defectos se pueden recapitular de este modo: 1) el vocabulario al que recurre es extremadamente reducido e insuficiente; 2) las palabras quedan *indefinidas*, y con frecuencia llegan a ser indefinibles (al menos con la debida precisión); 3) las uniones entre las frases suelen establecerse de una manera *arbitraria* y hasta cierto punto *desordenada*, al mismo tiempo que las conclusiones de las argumentaciones se instauran con anterioridad al *iter*³ demostrativo que debería sustentarlas (Sartori, 2002:20).

Sin lenguaje no hay sociedad, el lenguaje es el método principal de creación de relaciones e interacciones dentro de la cultura. Funge un papel predominante como herramienta para la estrategia del político. Como Sartori nos comenta, el hecho de que el lenguaje común, el utilizado en propaganda y en medios masivos de comunicación, sea tan tergiversable, juega un papel crucial en el desarrollo de la estrategia política. Podemos ilustrar el punto de forma más extensa, con un fragmento del texto de Jonathan Swift, en donde nos describe la situación del político.

La superioridad de su genio no reside más que en una inagotable fuente de mentiras políticas que con abundancia difunde con cada una de sus palabras y con idéntica generosidad olvida y contradice a la media hora. No quiere saber si dice verdades o mentiras, le basta saber qué conviene en cada minuto y para cada cual para ir afirmando o negando mentiras (Swift, 1710:48-49).

El momento pertinente para la comunicación del discurso es igual o incluso más importante que lo que se está diciendo, la esen-

³ Camino, proceso o desarrollo.

cia del discurso político consiste en ello, en la conveniencia de las palabras, de la temporalidad y la ocasión. También reflexionamos acerca de la audiencia a la que va dirigido ese discurso, es decir, el pueblo. La figura de “el político” funciona bajo la premisa de que la omisión de información es mejor para el pueblo, incluso su deformación es considerada para mantener bajo control a las masas, esto es constitutivo de un sujeto político particular. Sin embargo, lo que más suele utilizarse es la idea del miedo, porque apelan a que el sujeto se aferre la idea de seguridad, la cual mantiene un cierto orden en la situación, cambiando cosas o reteniendo las condiciones tal como están. Dicho sujeto estará vinculado a condiciones particulares de dominio y sometimiento al discurso, el cual produce una realidad particular en torno al miedo. Este discurso es reproductor de funciones, para ambos lados: el sujeto y el condicionamiento de orden social.

Se sabe que poder tiene sobre los hombres el temor a la opinión (de los demás): en el caso de los duelos, por ejemplo, les hace superar el amor por la vida, el propio estado, la fortuna o el temor del infierno, y su efecto es tan seguro que de mil hombres que rehusasen batirse no encontraremos uno cuyo motivo sea otro que el miedo. El mismo efecto podrían tener el temor de ser considerado malvado por todos los hombres, inevitable para el culpable si se aclaran sus verdaderos intereses, o bien el temor a nuestros propios remordimientos. Ese temor existe inevitablemente en todas las almas (Condorcet, 1710:106-107).

El miedo es parte fundamental de lo instituido. Se considera que el sujeto está en la búsqueda de aliviar aquel miedo o temor con los recursos necesarios, ello implica la persecución de explicaciones o aclaraciones que, aunque puedan no ser verdaderas, acallen los miedos y tranquilicen los pensamientos recurrentes que puedan alterar la búsqueda de la seguridad. El sujeto hace uso de los recursos psíquicos necesarios para librarse de la carga moral que pueda provocar al menos un resquicio de culpa. Esta “culpabilidad” trabaja desde la evasión del miedo hasta en la manera que el miedo

y la culpa están propagadas y estigmatizadas por la cultura y la sociedad en su totalidad.

Desinformación como protección

La manera en la que Freud piensa la culpabilidad a partir del sujeto envuelto en sus deseos agresivos se puede dilucidar en las siguientes líneas:

Llamamos “conciencia de culpa” a la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido. Se exterioriza como necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada (Freud, 1930:119).

Así, surge la pregunta: ¿qué tanto este funcionamiento es una manera de protección del sujeto y qué tanto la forma de la cultura de acallar lo que pueda crear desorden? Probablemente consista en un juego constante de ir y venir entre una y otra opción. Esta reflexión va más allá del pensamiento básico de la *responsabilidad* única de la cultura o del sujeto. Puesto que uno está intrínsecamente ligado al otro, no pueden separarse, pero pueden ser vistos como una manera de desinformación o de negación ante la información? Esta manera en la que el sujeto está rodeado por información y desinformación al mismo tiempo hace considerar el papel de la culpabilidad dentro de la situación y reflexionar; ¿de qué manera está relacionada esta última con el miedo?

En este momento histórico, la cuestión alrededor de la significación y la utilidad del miedo y del terror resulta ser especialmente importante. Todos los días tenemos la noticia de que fueron ultimadas al menos quince personas en la “guerra” que libra el gobierno contra el narcotráfico. Los índices de criminalidad se han mantenido inusitadamente

altos en relación a lo que sucedía hace algunos años, o algunas décadas. Algo que se veía con mucho miedo era la posibilidad de “acostumbrarnos” a vivir con índices de violencia sumamente elevados, a perder la sensibilidad y la capacidad de asombro e indignación frente a un panorama como el que pinta nuestra sociedad (Manero, 2008:112).

Sin embargo, podemos pensar que esta *costumbre* de ver constantemente en las noticias, en las redes sociales y en los periódicos la violencia y la situación que provoca disgusto ha llegado a un punto en el que está normalizado e, incluso, invisibilizado en la aparente visibilidad que se le da. La manera en la que se *bombardea* de información deja de tener tanta relevancia y empieza un proceso de *normalización*.

La negación de la información es, por su parte, una manera de protección del sujeto. Al ser un tema fuertemente ignorado se logra un distanciamiento, de tal forma que la afectación disminuye. La manera en que los medios de comunicación transforman los casos en cifras despersonaliza las situaciones y lo hace más digerible para el público, con ello, más fácil de invisibilizar. Esta situación general crea y fomenta un vacío de información, un velo que deja ver algunas cosas, otras no, información incompleta; es la mentira en su esencia, es también la omisión que se busca para que la información se acomode a la conclusión popular que se está buscando y provocando a conveniencia de intereses ocultos.

¿Desinformación desde la información? La normalización del miedo y sus aplicaciones como deformación

En sociedad estamos envueltos en una rutina constante de dinámicas políticas y de requisitos sociales, por ejemplo, la construcción cultural del modelo de vida, el estudio de una licenciatura, el ingreso al ámbito laboral, la formación de una familia, etcétera. Como Castoriadis comenta, estas construcciones son cimientos de la sociedad, y con ello, de la constitución del sujeto dentro de ésta.

Así, el sujeto inmerso en estas significaciones se dedica a la búsqueda de pertenencia a un sistema determinado. Desde esa mirada, podemos retomar los medios de comunicación, desde los cuales se puede apreciar una construcción determinada de las situaciones sociales. Como mencionamos, los medios de comunicación se encargan de *saturar* constantemente al sujeto de información, de manera que podemos pensar esta necesidad de desinformación como una capacidad de *resistencia*. Para abundar en la noción de resistencia de Foucault, podemos tomar de referente la manera en la que lo explica García Canal:

Toda relación de poder lleva en sí la rebeldía de los sujetos; late, entonces, en el corazón del poder, la obstinación de una voluntad que se niega a ser modelada y la intransitividad de una libertad que busca expresarse, una libertad que no quiere delegarse. A esta obstinación, Foucault la denomina *resistencia*, dirá que no hay poder sin resistencia, sin esa búsqueda de los sujetos por escapar del control y de la vigilancia; resistencia que puede ser consciente o inconsciente, adoptar mil y una formas, ser fugaz o tenazmente duradera, ser activa, enfrentando al que ejerce el poder, o bien, pasiva e intentar salirse del juego; puede ser gregaria o solitaria, organizada o espontánea (García Canal, 2010:38).

El sujeto se ve envuelto en una dinámica en la que la información *verídica*⁴ es insoportable para el funcionamiento de carácter social dentro de nuestra cotidianidad. Es decir, la elección (aunque no consciente) de omitir, ignorar, desestimar y tergiversar información cumple un fin de bienestar tanto psicológico como social, en donde se busca que haya un funcionalismo controlado de la sociedad. La estructura de la sociedad se sostiene de esta manera.

Pensando en estos tipos de resistencia, la comparación entre el sujeto que resiste inmiscuyéndose en la desinformación, con el sujeto que confronta directamente a las estructuras de poder y a las per-

⁴ Dentro de los límites que se pueden trazar entre verídico y falaz, no sabríamos definir a ciencia cierta qué información pertenece a qué categorización, sin embargo, es un punto que no se desarrollará en este texto.

sonas que se encuentran dentro de estas esferas políticas encargadas de la toma de decisiones parece pertinente. Se plasma una relación entre todo aquello que lleva al sujeto a involucrarse en esa masa heterogénea de situaciones culturales y sentires psíquicos que lo llevan a apropiarse de algunas cosas y de otras no. Podemos pensar al sujeto dentro de la política enraizado a los sentimientos fundamentales que lo hacen existir, al miedo al castigo y a su propia persecución psíquica del superyó, de manera que este miedo puede llegar a ser, desde el comienzo, parte institutiva y constitutiva del sujeto. El miedo estará imbricado en lo más profundo de la psique, actuando de forma imperceptible.

Podemos observar que el funcionamiento político busca, en última instancia, mantener un determinado orden. De la misma manera, considero que la herramienta más común (la más eficaz) es la reproducción de elementos que sean causa de temores y de miedos. Ello nos lleva a pensar que otra forma de resistir podría ser la desconfianza en el ejercicio de la política, sin embargo, más allá de eso, podemos llegar al punto en el que se puede hacer notar que cada una de las reacciones ante el miedo, el ejercicio de la política y la desinformación puede leerse como una forma del sujeto de resistencia ante aquello que lo oprime, que lo conflictúa y que le provoca cierto temor. Como sabemos, no hay relaciones de poder sin resistencia, así como no hay sujeto sin relaciones de poder, por lo que los factores que hacen al sujeto resistir, hacen al sujeto existir.

Referencias

- Beck, Ulrich (2002), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.
- Castoriadis, Cornelius (2001), *El ascenso de la insignificancia*, Frónesis, Barcelona.
- Castoriadis, Cornelius (1997), “La crisis actual del proceso identificador”, en *El avance de la insignificancia*, Colección Pensamiento Contemporáneo, EUDEBA, Argentina.

- Condorcet, Marie-Jean-Antoine-Nicolas (1710), “¿Es conveniente engañar al pueblo?”, Publicación en el periódico *The Examiner*, núm. xiv.
- Erreguerena Albaitero, María Josefa (2007), “El mal, un ejemplo de la construcción imaginaria del mito”, en María Josefa Erreguerena Albaitero, *Los medios de comunicación masiva como actualizadores de los mitos. El mal en el cine, un ejemplo de la construcción imaginaria del mito*, UAM-Xochimilco, México.
- Foucault, Michel (2009), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México.
- Freud, Sigmund (1986), “El malestar en la cultura (1930 [1929])”, en *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, pp. 57-140.
- Fromm, Erich (1993), *Ética y política*, Paidós Estudios, Buenos Aires.
- García Canal, María Inés (2010), *Foucault y el poder*, UAM-Xochimilco, Colección Teoría y Análisis, México.
- Hanns, Luiz Alberto (1996), *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Lumen, Buenos Aires.
- López Quintás, Alfonso (s.f.), *La manipulación del hombre a través del lenguaje. Estudio de los recursos manipuladores y del antídoto contra los mismos*, Universidad Complutense, primer curso-Roma.
- Manero Brito, Roberto (2008), “Cuerpo, terror y dominación totalitaria”, en *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 30 (*Usos del miedo*), UAM-Xochimilco, México.
- Mier, Raymundo (2008), “Políticas y estéticas del miedo. Las afectaciones crepusculares”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 30 (*Usos del miedo*), UAM-Xochimilco, México.
- Moscone, Ricardo (2012), “El miedo y sus metamorfosis”, *Revista psicoanálisis*, vol. xxxiv, núm. 2, pp. 53-78.
- Sartori, Giovanni (2002), *La política. Lógica y Método en las ciencias sociales*, FCE, Colección Política y Derecho, México.
- Swift, Jonathan (1710), *El arte de la mentira política*, *The Examiner*, núm. xiv.

Useche Aldana, Óscar (2008), “Miedo, seguridad y resistencias: el miedo como articulación política de la negatividad”, *POLIS, Revista Latinoamericana*, núm. 19, Santiago.

Weber, Max (1996), *El político y el científico*, Ediciones Coyoacán, México.

Fecha de recepción: 31/08/18

Fecha de aceptación: 31/05/19